

María Isabel Peña Aguado

Lebirem o de la liberación del paraíso

Soy Lebirem producto del aleteo divino anterior al todo y a la nada. Soy el resultado de un reposo húmedo añorante de sonidos y ritmos con que marcar sus olas. Soy antes de todo pasado y mis horizontes abarcan más que cualquier esperanza futura.

Soy Lebirem y de Dios sé que no es más que una araña poderosa, capaz de entretejer el infinito de historias en el compendio de sus ilimitadas posibilidades. Es el testigo universal cuyo testimonio de nada nos sirve. Un abismo de soledad.

Soy Lebirem, que conoció a Dios antes de que sucumbiera a su propia locura, la creación. Del tiempo en el que no eran necesarios la lluvia ni el sol para ver el arco iris. Ni echábamos en falta el canto de los pájaros. Ni sabíamos del calor o del frío. Dios hizo el día y nos confundió. Irritó nuestros ojos con una luz nueva. Boicoteó las cadencias del caos y se empeñó en un orden rítmico con el que encadenó nuestra presencia.

Soy Lebirem, el amor de Dios antes de su desbarro. Para mí creo el jardín de la vida. El jardín eterno, fruto de uno de mis sueños. El mismo sueño que él me enviaba para descansar el infinito de mis pupilas. El mismo sueño con el que me sedujo y me dejó participar en su locura. Porque el jardín debía de ser luminoso y colorido, de risueños azules, poderosos rojos y adormecidos lilas, justificó Dios el repetir de noches y días, el frescor de los atardeceres y la cadencia del rocío al amanecer.

María Isabel Peña Aguado

Lebirem oder die Befreiung des Paradieses

Ich bin Lebirem und mein Ursprung liegt in dem göttlichen Flügelschlag, der dem Sein und dem Nichts vorausging. Ich bin das Ergebnis einer feuchten Rast, die sich nach Klängen und Rhythmen sehnte, um ihren Wellen Gestalt zu verleihen. Vor allem aber bin ich Vergangenheit und mein Gesichtskreis umfasst mehr als irgendeine zukünftige Hoffnung.

Ich bin Lebirem und von Gott weiß ich, dass er nichts weiter als eine gewaltige Spinne ist; imstande, den unendlichen Schatz an Geschichten in das Kompendium seiner unbegrenzten Möglichkeiten einzuweben. Er ist der universelle Zeuge, dessen Bezeugung uns nicht im Geringsten nützt. Er ist abgrundtiefe Einsamkeit.

Ich bin Lebirem, der Gott erkannte, bevor er seinem eigenen Wahn, der Schöpfung, erlag. In der Zeit, in der wir weder des Regens noch der Sonne bedurften, um einen Regenbogen zu sehen. Einer Zeit, in der wir den Gesang der Vögel nicht vermissten. In der wir nichts von Hitze noch Kälte wussten. Dann erschuf Gott den Tag und stürzte uns in Verwirrung. Er reizte unsere Augen durch ein neues Licht. Er legte die Kadenzen des Chaos lahm und bestand auf einer rhythmischen Ordnung, durch die er unser Hiersein in Ketten legte.

Ich bin Lebirem, Gottes Liebe, bevor er seinen groben Irrtum beging. Für mich hat er den Garten des Lebens geschaffen: den unvergänglichen Garten, die Frucht eines Traumes, den ich geträumt habe. Derselbe Traum, den er mir schickte, um der unendlichen Tiefe meiner Pupillen Ruhe zu spenden. Derselbe Traum, mit dem er mich verführte, an seinem Wahn teilzuhaben. Dass der Garten hell und farbenfroh sein sollte – mit heiteren Blau-, satten Rot- und schläfrigen Lilatönen –, nahm Gott als Grund, die Wiederkehr von Tag und Nacht, die Kühle der Abendstunden und die Tauperlen im Morgengrauen zu rechtfertigen.

Soy Lebirem, sucediéndome en un verdor eterno, envolviéndome en diálogos aleteantes, y sumergiéndome en las huellas blandas de la búsqueda divina. Perdí el infinito en este ensueño. Comencé a entreveer la crueldad de la seducción divina, cuando el canto de los pájaros se me hizo indispensable. Cuando disfruté del alboroto que puede provocar un poco de viento en un arroyuelo. Cuando supe de mi piel porque la ví cambiar con el sol y erizarse al anochecer.

Soy Lebirem, quién descubrió a Dios jugando a ser Dios. En el séptimo día supe que el ensueño divino no me pertenecía. Observé el vacío de sus manos, su cansancio. Me asustó el primer celo en su mirada. Recorrí el jardín en el séptimo día. Me estremeció su infinitud. Me desazonó lo insuperable de su belleza, la plenitud de lo creado. Descubrí que no había salida y por primera vez sentí la pestilencia de lo que existe.

Soy Lebirem, el silencio del divagar divino. La sombra que proyecta su luz. Sé que no hay refugio para Dios en el jardín eterno ¿A dónde ir, conseguido lo insuperable? ¿Cómo soportar la felicidad eterna? No hay salvación para el paraíso.

Y yo, Lebirem, tuve que buscar reposo en el séptimo día.

Un día me llegué a las creaturas y les hablé así:

Soy yo, Lebirem, por quien se hizo este jardín que debía ser mi remanso.

Soy yo, Lebirem, la risa de Dios anterior a la locura del Paraíso.

Soy yo, Lebirem, quien teme el encendido que provocáis en sus ojos y su celo por vosotros.

Escuchad vosotros, los creados, les grite:

Soy yo, Lebirem, la voz de Dios en el reposo, la que apenas si conoce el mismo. Soy la savia de lo que debéis probar y el deseo que lo provoca.

Soy yo, Lebirem, y en cada uno de mis rizos zozobra lo infinito de lo que puede y no puede ser.

Ich bin Lebirem und ich folge mir in immerwährendem Grün. Ich lasse mich auf flatternde Dialoge ein und versenke mich in die sanften Spuren der Gottessuche. In diesem Wachtraum ging mir die Unendlichkeit verloren, als ich begann, die Grausamkeit göttlicher Verführung zu erahnen, als der Gesang der Vögel mir unentbehrlich wurde. Als ich das Gluckern genoss, das ein leichter Windhauch in einem Bächlein hervorruft. Als mir meine Haut vertraut wurde, weil ich sah, wie die Sonne sie verwandelte und bei Anbruch der Nacht die Haare auf ihr sich sträubten.

Ich bin Lebirem. Ich fand heraus, wie Gott sein Gott-Sein spielte. Am siebenten Tage wurde ich gewahr, dass mir der göttliche Traum nicht zukam. Ich betrachtete seine leeren Hände, seine Erschöpfung. Mich erschreckte der erste Argwohn in seinem Blick. Mit großen Schritten durchmaß ich am siebenten Tage den Garten. Seine Grenzenlosigkeit ließ mich erschauern. Mich verstimmten seine unübertreffliche Schönheit, die Fülle des Geschaffenen. Ich entdeckte, dass es keinen Ausweg gab, und nahm zum ersten Mal den Gestank wahr von allem, was existiert.

Ich bin Lebirem. Ich bin das Schweigen von Gottes Umherirren. Der Schatten, der von seinem Licht geworfen wird. Ich weiß, dass es für Gott keine Zuflucht gibt im unvergänglichen Garten. Wohin sich wenden, nachdem das Unübertreffliche erreicht worden ist? Wie das ewige Glück ertragen? Für das Paradies gibt es keine Rettung.

Und ich, Lebirem, musste am siebenten Tage ruhen.

Eines Tages ging ich auf die Geschöpfe zu und sprach zu ihnen:

Ich bin es, Lebirem, für die dieser Garten geschaffen wurde, der meine Zuflucht sein sollte.

Ich bin es, Lebirem, Gottes Lachen vor dem Wahnwitz des Paradieses.

Ich bin es, Lebirem, die die Gluthitze fürchtet, die ihr in seinen Augen und seinem Übereifer euch gegenüber auslöst.

Hört zu, ihr Geschöpfe, – schrie ich ihnen zu:

Ich bin es, Lebirem, Gottes Stimme im Zustand der Ruhe, die diesen kaum kennt. Ich bin der Lebenssaft, von dem ihr kosten sollt, und das Begehren, das ihn hervorsprudeln lässt.

Ich bin es, Lebirem, und in jeder meiner Locken bricht sich die Unendlichkeit dessen, was sein und was nicht sein kann.

Soy yo, Lebirem, quien congelará el halo divino para que tengáis una vida vuestra, la humana.

Soy yo, Lebirem, quien compensará los callos de vuestras manos con la suavidad de la madera pulida. El dolor de vuestro vientre con el olor a mar del recién nacido.

Soy yo, Lebirem, lo más precedero de vuestra divinidad. Lo más humano de Dios.

Así hablaba yo, Lebirem a los creados, cuando sentí el ardor de los celos divinos. Lebirem había descubierto la debilidad divina, se había atrevido a dirigirse a ellos.

Y yo Lebirem, vi la mirada encendida de un Dios que desea ser único. Y por primera vez supe del terror en las manos de Adán y de las rasgaduras en las entrañas de Eva. Oí los gritos de los que perecían en el diluvio. Temblé con el miedo de Isaac a punto de ser sacrificado como carnero. Sufrí el insomnio de Job y viví la desolación de Jonás.

Y yo, Lebirem, tuve sed y hambre en el desierto y maldijé al Dios de Moises que nos obligó a renunciar al poder de nuestra imaginación prohibiendo las imágenes. Viví el enajenamiento de Moises y la impotencia de Arón. Y comprendí que Caín y Esaú no eran sino las mismas llamaradas del fuego divino.

Y yo, Lebirem, perdía el ánimo cuando oí los pasos suaves de Lilith buscando el refugio de mi presencia. Se supo desnuda antes de que Dios quisiera ocultárselo y se negó a Adán alejándose de su docilidad. Ahora sus ojos me reflejaban la espesura oscura de lo primero.

Y yo, Lebirem, bebí del jugo de Lilith. Me sumergí en sus valvas y respiré el perfume de lo imperdurable. Por sus manos me percaté de la imposibilidad del origen. Saboreé la carencia del más allá. Y me escondí en los pliegos del porvenir.

Y yo, Lebirem, llené la aurora del mismo olor por el que deje guiarse a Eva. En la fruta puse el mismo sabor de las valvas. La refrescante sombra de aquel árbol iluminó su mirada con la misma visión. Eva se vió bella y se amó.

Ich bin es, Lebirem, die den göttlichen Schein zum Erstarren bringt, damit ihr euer eigenes Leben, das menschliche, habt.

Ich bin es, Lebirem, die die Schwielen in euren Händen mit der Glätte polierten Holzes aufwiegt. Und den Schmerz eures Leibes mit dem Meeresgeruch des Neugeborenen.

Ich bin es, Lebirem, der vergänglichste Teil eurer Göttlichkeit. Der menschlichste Teil Gottes.

So sprach ich, Lebirem, zu den Geschöpfen, als ich die Glut der göttlichen Eifersucht spürte. – Lebirem hatte Gottes Schwäche entdeckt; sie hatte es gewagt, sich an die Geschöpfe zu wenden.

Und ich, Lebirem, sah den feurigen Blick eines Gottes, der einzigartig sein will. Zum ersten Mal erfuhr ich von dem Schrecken in Adams Händen und den Rissen in Evas Eingeweiden. Ich hörte die Schreie derer, die bei der Sintflut ertranken. Ich zitterte mit Isaacs Angst, der Gott als Schaf geopfert werden sollte. Ich durchlitt die Schlaflosigkeit Hiobs und erlebte Jonas' Trostlosigkeit mit.

Und ich, Lebirem, verspürte Hunger und Durst in der Wüste und verfluchte den Gott Moses, der uns durch sein Bilderverbot zwang, auf die Kraft unserer Phantasie zu verzichten. Ich erlebte die Entfremdung Moses und die Ohnmacht Aarons. Und ich begriff, dass Kain und Esau nichts anderes waren als dasselbe Flackern des göttlichen Feuers.

Und ich, Lebirem, verlor den Mut, als ich die sanften Schritte Liliths hörte, die den Schutz meiner Gegenwart suchte. Sie wusste, dass sie nackt war, bevor Gott es vor ihr zu verbergen suchte, und verweigerte sich Adam, indem sie sich seiner Unterwürfigkeit entzog. Jetzt spiegelten ihre Augen mir die dunkle Dichte des Anfangs.

Und ich, Lebirem, trank von Liliths Säften. Ich tauchte in ihre Labien ein und atmete den Duft dessen, was keinen Bestand hat. Durch ihre Hände wurde ich mir der Unmöglichkeit des Ursprungs bewusst. Ich kostete den Verlust des Jenseits aus. Und verbarg mich in den Falten der Zukunft.

Und ich, Lebirem, füllte die Morgenröte mit demselben Geruch, durch den sich Eva leiten ließ. Die Früchte versah ich mit demselben Geschmack, wie ihn die Vulva hat. Der kühlende Schatten jenes Baumes ließ Evas Blick mit derselben Vision leuchten. Sie empfand sich als schön und liebte sich.

Y yo, Lebirem, compadecí a Dios.

Y yo, Lebirem, me entristecí con Dios, reconocí su impotencia. Sufrí su confusión y me dejé quemar por las mismas llamas. Sobrellevé la misma ceguera y renege con él de la creación.

Fue el octavo día.

Soy yo, Lebirem, quien escucha los lamentos de Dios y lo acompaña hasta el árbol de la vida cuyo frescor apaga la sequedad de las cenizas eternas. Allí Dios concilia su sueño perdido, mientras a mí, Lebirem, me envuelve el perfume con el que Lilith y Eva pagaron su liberación.

Soy yo, Lebirem, quien sabe que en cada llamarada del fuego eterno respira una parte del paraíso. La eternidad se nos ha llenado de tiempo desde que conocemos la nostalgia. Dichosos los creados poseedores de principio y fin. El tiempo es su espacio, mientras nosotros penamos el vacío.

Soy yo, Lebirem, y mi voz se pierde porque el infinito no tiene eco.

Soy yo, Lebirem, el sueño de un perfume.

Soy yo, Lebirem, soy Dios descansando de su locura.¹

¹ Castejón/Leipzig, August/September 2000. Erstveröffentlichung der spanischen Fassung in: *Cuadernos del matemático, Revista ilustrada de creación*, n. 27, Dezember 2001, 5–6; deutsche Übersetzung von Dr. Ute Weber.

Und ich, Lebirem, bemitleidete Gott.

Und ich, Lebirem, grämte mich Gottes wegen, dessen Ohnmacht ich erkannt hatte. Ich durchlitt seine Verwirrung und ließ mich von denselben Flammen verbrennen. Ich ertrug dieselbe Blindheit und sagte mich mit ihm von der Schöpfung los.

Es war der achte Tag.

Ich bin es, Lebirem, die Gottes Wehklagen hört und ihn bis zum Baum des Lebens begleitet, dessen erfrischende Kühle die Trockenheit der unvergänglichen Asche bezwingt. Dort holt Gott den verlorenen Schlaf nach, während mich, Lebirem, der Wohlgeruch einhüllt, mit dem Lilith und Eva ihre Befreiung bezahlten.

Ich bin es, Lebirem, die weiß, dass in jedem Aufflackern der ewigen Flamme ein Teil des Paradieses atmet. Die Ewigkeit hat sich für uns mit Zeit gefüllt, seit wir das Heimweh kennen. Glückliche Geschöpfe, die im Besitze des Anfangs und des Endes sind. Während wir die Leere erdulden müssen, ist die Zeit ihr Raum.

Ich bin es, Lebirem, und meine Stimme verliert sich, weil die Unendlichkeit keinen Widerhall kennt.

Ich bin es, Lebirem, der Traum von einem Duft.

Ich bin es, Lebirem, ich bin Gott, der sich von seinem Wahn erholt.

Manfred Görg

Der Siebte Schöpfungstag

Biblische Perspektiven im Kontext benachbarter Kulturen

1. Gott und die Sieben

In seinem bekannten Werk *liber de gentili et tribus sapientibus*, dem ‚Buch vom Heiden und den drei Weisen‘, nennt Raimundus Lullus sieben *dignitates*, sozusagen Basisqualitäten Gottes, nämlich Güte (*bonitas*), Größe (*magnitudo*), Ewigkeit (*aeternitas*), Macht (*potestas*), Weisheit (*sapientia*), Liebe (*amor*) und Vollkommenheit (*perfectio*).¹ Der bildsprachliche Kontext der einleitenden Hinführung zur bekennenden Selbstdarstellung der drei Religionen Judentum, Christentum und Islam lässt einen Heiden den Vertretern dieser Trias begegnen, und zwar an einem paradiesischen Ort mit einer Fünffzahl von Bäumen als symbolischen Repräsentanten eines „Ineinander von geschaffenen und ungeschaffenen Prinzipien“,² die jeweils eine qualifizierte Menge von Blüten enthalten, der erste Baum hat 21 Blüten, der zweite 49, der dritte ebenfalls 49, der vierte wiederum 21 und der fünfte wiederum 49 Blüten. Diese Blüten, deren Zahl jeweils offenkundig mit der Siebenzahl als Basis korreliert, stellen göttliche und menschliche Eigenheiten dar, wobei der erste Baum die genannten (ungeschaffenen) Ur-Tugenden oder Grundwürden Gottes, die weiteren Bäume sowohl menschliche Tugenden wie auch Laster benennen.

Die Siebenzahl erscheint hier offenbar unhinterfragt als selbstverständliche Ordnungszahl der Begriffswelt, ja als dem Glauben und der Vernunft vorgängiges Prinzip, als übergreifende und der Schöpfungswirklichkeit eingestiftete Größe mit einem natürlichen Verweischarakter auf die höhere Einheit der Wirklichkeit Gottes. Die Siebenzahl spiegelt die Vollkommenheit Gottes, weil ihr ein mythisch-mystischer Seinsbezug innewohnt. Woher kommt der quasi sakrosankte Charakter dieser Zahl?

¹ Vgl. Theodor PINDL, *Nachwort*, in: Ramon Lull, *Das Buch vom Heiden und den drei Weisen*, übersetzt und herausgegeben von Theodor Pindl, Stuttgart 1998, 277. Siehe dazu jetzt auch die Monographie von Annemarie C. MAYER, *Drei Religionen – ein Gott? Ramon Lulls interreligiöse Diskussion der Eigenschaften Gottes*, Freiburg/Basel/Wien 2008.

² PINDL, *Nachwort*, 285.

2. Der Mythos der Sieben

Die Religionsgeschichte, die nicht einfach als bewusster Hintergrund in den Erwägungen Lulls eine Rolle spielt, sondern erst mithilfe des kritischen Aus- und Einblicks in die diversen Religionen der Menschheit ihre Position gewonnen hat und nunmehr den gewachsenen Religionen, auch der Trias der ‚abrahamischen‘ Varianten der Ein-Gott-Verehrung gegenübertritt, schreibt der Siebenzahl eine elementare kosmosbezogene Zeichenhaftigkeit zu, die in erster Linie an die Erfahrung des Mondes und seiner Umlaufphasen sowie das Sternbild des Großen Bären geknüpft ist. Die unzweifelhaft schon in der menschlichen Frühzeit beobachtete Sieben-Tage-Periode der Mondphasen konnte von vornherein dazu dienen, der Siebenzahl eine innere Dynamik und Mächtigkeit zu attestieren, der sich sogar die Götterwelt und schließlich Gott selbst als höchste Autorität bedienen mochte. Dabei wird die mythische Kapazität der Mondphasen, „Tod und Regeneration zyklisch beeinflussen, steuern und auch besiegen zu können“ eine besondere Rolle gespielt haben.³ In den mesopotamischen Kulturen wird dieser kosmisch-göttliche Zusammenhang mit dem babylonischen Mondgott Nannar verbunden, in Ägypten mit dem Mondgott Thot als dem göttlichen Schreiber und ‚Buchhalter‘ der Zeitmessung verknüpft. In jedem Fall ist es wohl die mythische Dignität der Siebenzahl als Ausdruck der Vollkommenheit schlechthin, die eine je nach dem Religionssystem qualifizierte göttliche Konnexion auf sich gezogen hat. Insoweit ist Lull im Recht, wenn er jenseits aller religionshistorischen Kontrolle den symbolischen Primat der Siebenzahl im Kontext der drei Religionen als Signifikat der einen und einzigartigen göttlichen Vollkommenheit wahrnimmt und systematisch auswertet.

Wie im Alten Orient überhaupt und nicht zuletzt in Juda/Israel haben die Tage des Neumonds und des Vollmonds, insbesondere das Neumondfest eine zentrale Bedeutung. Hier wie auch im Ritual der Feiertage im Festkalender Israels der nachexilischen Zeit spielt die Zahl 7 eine gewichtige Rolle, wie vor allem die Kultordnung des Buches Leviticus in der Tora Israels demonstriert (vgl. Lev 23).⁴ Als Gegenstück zum altorientalisch-kanaanäischen Vollmondtag mit dessen akkadischer Bezeichnung *šap/battum*, der am 15. Tag eines Mondmonats gefeiert wurde, hat der israelitische Schabbat offenbar schon in vorexilischer Zeit zu den klassischen Festtagen gehört und als fröhlich began-

³ Matthias ROCHHOLZ, *Schöpfung, Feindvernichtung, Regeneration. Untersuchung zum Symbolgehalt der machtgeladenen Zahl 7 im alten Ägypten* (= Ägypten und Altes Testament, Hg. Manfred Görg, 56) Wiesbaden 2002, 23, der allerdings wohl zu Recht einschränkend bemerkt, dass diese Einschätzung nicht zwingend auch für Ägypten eine direkte Dependenz der Siebenersymbolik selbst von den Mondphasen begründet.

⁴ Vgl. dazu u.a. Gabriele THEUER, *Der Mondgott in den Religionen Syrien-Palästinas. Unter besonderer Berücksichtigung von KTU 1.124* (= Orbis Biblicus et Orientalis 173), Freiburg (Schweiz)/Göttingen 2000, 498 mit Anm. 337, wo auf Thomas STAUBLI, *Die Bücher Leviticus–Numeri*, Stuttgart 1996, 318 verwiesen wird.